

21 Octubre = 23 49

La Risa



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



30
cént

—Vamos, amigo; esto va muy lento; se me duerme usted.
—Es la primera vez que dicen que me duermo, no pudiendo pegar un ojo.

Dibujo de BLUFF.



M A T A T I E M P O S



Por cada trabajo original e ingenioso que publiquemos en esta sección abonaremos DOS PESETAS, y un premio de VEINTICINCO PESETAS por las soluciones exactas a los mismos.

(Véanse las condiciones en el núm. 32.)

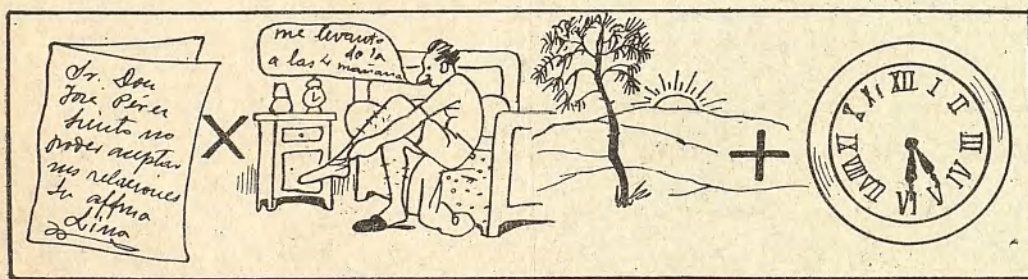
Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

No se sostiene correspondencia sobre estos trabajos ni se devuelven los originales.

Las soluciones sólo se admitirán hasta el último día del mes a que correspondan, a las doce de la mañana.

Cada solución tendrá también que venir acompañada de cupón.

86.—REFRAN.—POR MARK.



87.—Charada dislocada.—POR A. L.

- | | |
|---|-------------------|
| 1. ^a 2. ^a | En la cabeza. |
| 4. ^a 2. ^a | De poco pelo. |
| 3. ^a 1. ^a | Prebenda. |
| 1. ^a 2. ^a | En los melones. |
| 3. ^a 2. ^a | Luce y reluce. |
| 3. ^a 4. ^a | A lado. |
| 2. ^a 1. ^a | Goma. |
| 2. ^a 4. ^a | Teatro de Madrid. |
| 1. ^a 4. ^a 1. ^a | Embarcación. |
| 1. ^a 4. ^a 3. ^a 2. ^a | Idem. |

88.—Charada.—POR LAVE.

Prima tertia, fruto americano,
tercia prima igual a la anterior,
segunda nota musical.

Todo: en los teatros.

89.—De actualidad.—POR LAVE.

EL EL BOXEO
TAJO

90.—General español.—POR LAVE.

HIJO DE MI TÍO
□ □
ORILLA DE RÍO

Diríjase toda la correspondencia al Apartado 7.002.

Tip. Yagües.—Madrid.

REGALO A NUESTROS NUEVOS SUSCRIPTORES

LA RISA, respondiendo al favor constante del público, y para atender a las numerosas peticiones de números atrasados que se le hacen, ha puesto a disposición de sus regocijantes lectores

Varias colecciones de LA RISA

que regalará a los nuevos suscriptores que, a partir del presente mes, abonen la suscripción de un año, cuyo importe es de 15,60 pesetas para los de Madrid, provincias y América, y de 19,20 para los
:: :: :: del Extranjero. :: :: ::

¡QUEDAN MUY POCAS COLECCIONES!

¡Hay que ver!... ¡Hay que ver!...,
lo que por ocho "riales" puede adquirir usted.

SE HAN PUESTO A LA VENTA LAS MAGNÍFICAS TAPAS EN TELA, CON ESTAMPACIONES EN ORO, PARA ENCUADERNAR EL PRIMER SEMESTRE DE LA RISA
:: :: :: AL PRECIO DE :: :: ::

DOS PESETAS

Se envían a provincias remitiendo el importe anticipado en giro postal o sellos de correos, añadiendo 0,60 pesetas para gastos de envío certificado.

LA RISA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. habitante en
..... provincia de calle de
..... núm. desea suscribirse por un año (1)

EL SUSCRIPTOR.

..... de de 1923.

(1) En este hueco se pondrá: «Remitiendo su importe de pesetas en giro postal» o «Abonando el mporte al recibir el envío contra reembolso».

CONCURSOS DE "LA RISA"

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las «Bases del concurso para caballeros» publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

Des advertencias que no deben olvidar los que nos envían PIROPOS para publicar en esta sección:

Primera. Que el crecidísimo número que diariamente se reciben, obligan a guardar turno para su publicación.
Segunda. Que la gran cantidad que hay que rechazar por inmorales, injuriosos o por carecer del correspondiente cupón, no puede merecer el honor de contestar a cada autor en la sección de «A vuelta de correo», porque ello agotaría por completo el espacio dedicado a esta correspondencia.

— Negra: ¡Por usted me estaba tres meses comiendo bacalao sin probar el agua!

(Piropo premiado.)

UN SOSO.

PIROPOS RECIBIDOS

Preciosidad: De tanto pensar en usted me ha salido un callo en la frente.—RODRÍGUEZ ALCAIDE.

—Niña: Tiene el abanico mucho aire; pero tiene usted más de naire.—R. SÁEZ.

—¡Hermosura! Usted debía salir a la calle de noche y metida en una cesta.—¡ATIZA!

—Eres la hermosa azucena que embalsama con tus olorosos perfumes el jardín de la vida.—J. A. L.

—Resalada: Me gusta usted más que un ventilador en el mes de agosto.—PEDRO SORIA.

A una muchacha que tiene la costumbre de morder los periódicos que caen en su mano:

—¡Viva la alegría, mi vida! Olé las mujeres que llevan LA RISA en los labios!—ANTONIO FRANCO.

—Por usted daba yo mis siete vidas, ya que siete tenemos los gatos.—UN MADRILEÑO.

—¡Ay... alma mía! Si se volviese usted pianola no me iba a cansar de tocarla.—ENRIQUE SORIA.

—Comare: Tiene usted unos ojos, que si se enterara el ministro de la Gobernación la manda secuestrar para ahorrarse el alumbrado público.—TARTARÍN.

—Mira, negra: Tienes unos ojos mayores que el disco solar, y más frías que una noche oscura.—ALEJANDRO.

—Olé... y olé. ¡Bendito sea hasta el zapatero que le hizo a usted los zapatos! Pues lleva usted unos pasos tan bien marcados, que parece cada tacón un director de orquesta.—HANCHI-THOSHOC.

—Rubia mía: Yo por usted sería capaz de ir al Polo Norte en calzoncillos.—UNO.

—Preciosidad: Si fuera usted melón, me la comía hasta la cáscara.—HANCHI-THOSHOC.

CUPÓN

NÚMERO

35

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.

(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

Quisiera ser espejo de su salón, rubia mía, para poderla tener a mi lado todo el día.

UNO.

—De buena gana sería yo el aceite si usted se convirtiera en agua.—ENTRE DOS BOLILLOS.

—Morucha: Por usted era yo capaz de que Abd-el-Krim me tuviese prisionero cien años con tal de conseguirla después.—MARIN-SOL-DA-DO.

—¡Cuidado, que va por ahí la Divina Providencia disfrazada de mujer.—ENTRE DOS BOLILLOS.

—Adiós, rubita: ¿Quién se habrá muerto en el cielo para que los angelitos vistan de luto?—UN AVIADOR.

—Desde que usted cumplió diez y ocho años, el que la admira perdió veintitrés agostos de fuerza material.—MANUEL CARMÉ.

A una niña:

—Nena: ¡Qué lástima que en vez de llevar a ese niño en brazos llevara usted las niñas de mis ojos.—UN AVIADOR.

—Gitana, con este aire que usted me empuja se hace digna de que le toquen... la Marcha Real.—MANUEL CARMÉ.

La Risa

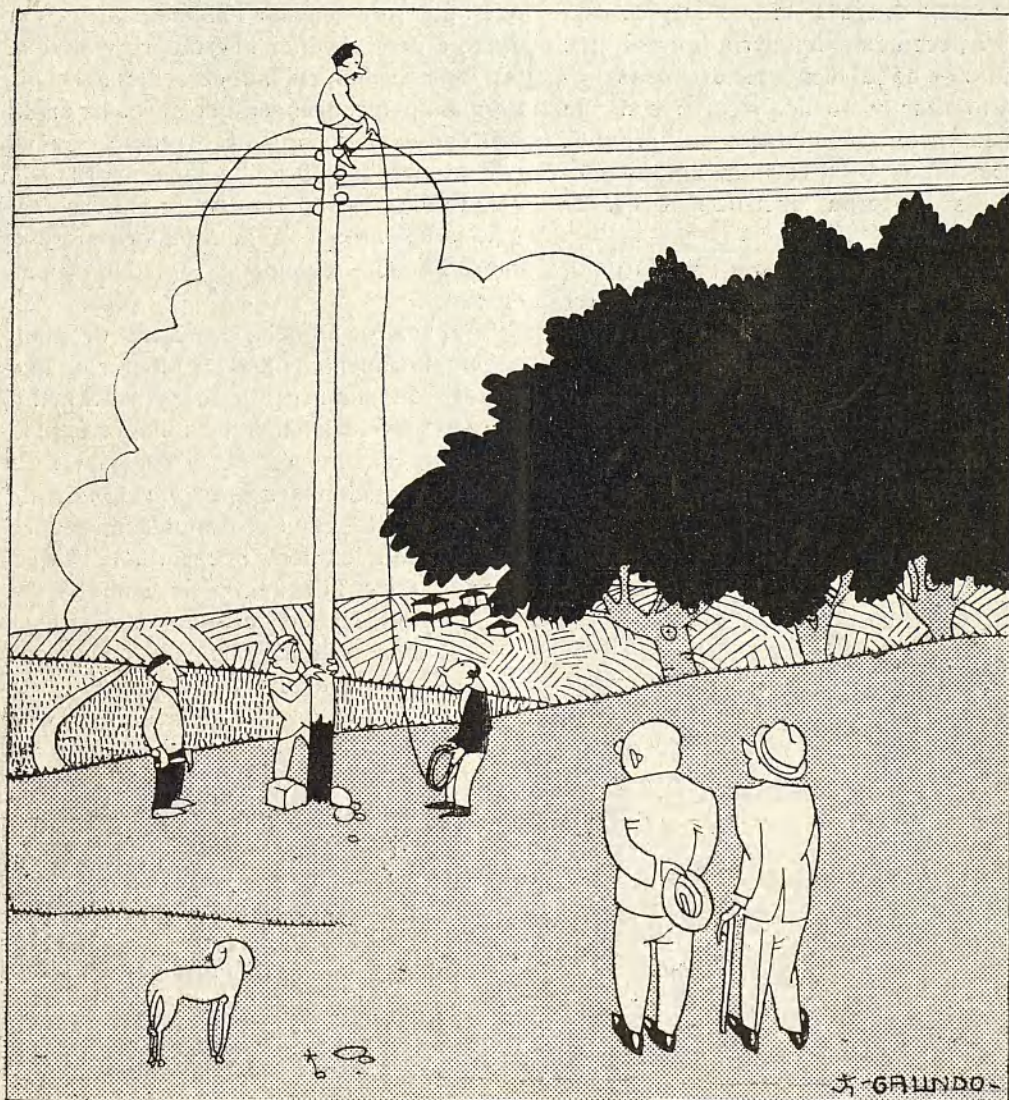
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. —TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECTOR: FELIPE MÁRQUEZ



—Indudablemente, estos hombres siempre están en continuo peligro de muerte.
—Como que tienen la vida en un hilo.

Dibujo de GALINDO.

SÓLO PARA SEÑORAS

LOS TRAJES DE LUTO

EL luto, que hasta hace poco tiempo era una manifestación de dolor ante una pérdida irreparable, ha venido a convertirse, por las exigencias de la época actual, en una manifestación de Su Majestad la Moda.

Es sano y conveniente llorar a un difunto, sobre todo si era de la familia y en vida se portó decentemente; pero precisa que este llanto se haga bien vestido, pues ponerse a berrear como un becerro con una *toilette* cursi, es lamentable y no provoca la compasión de los presentes, sino al contrario, los exacerba haciéndoles desear otra catástrofe.

Tal vez para evitar comparaciones odiosas es por lo que se ha regulado el dolor conyugal y puesto un poco de orden en el derramamiento de lágrimas.

Una mujer debe llorar a su marido y guardarle solemnemente luto durante veinticuatro meses. Pasados los dos años puede amanecer jovial y con ganas de contar

chascarrillos sin miedo a aparecer como perversa o disoluta.

Actualmente el dolor para las viudas se ha dividido en varios periodos.

Primero son ineludibles dos meses de desesperación macabra y torturante. Hay que hablar de venenos fulminantes, del Viaducto o de un puñal libertador, y se ocultan los cabellos cuidadosamente para que algunas gentes piensen que se los ha arrancado en un momento de arrebato. Ceñida por un traje sombrío de lana negra, a la viuda sólo le es permitido promover ronquidos tenebrosos, sólo turbados para evocar las buenas cualidades del difunto muy amado.

Después, otras ocho semanas de abatimiento fácilmente comprobable por un nuevo traje de lana negra, y la gasa del manto que envuelve tristemente su figura agobiada. Entre el crespón de la pequeña toca, aparecen con timidez catorce pelos del flequillo, que nos tranquilizan respecto a la suerte que pudo haber corrido la cabeilera de la mísera. Ya no son sus ideas tan siniestras, y la más lúgubre habla de un claustro en que acabar sus días.

Pero luego lo piensa mejor, y decide consolarse en el mundo, sobreviniendo una melancólica resignación expresada por medio de una *toilette* de seda negra con volantes, un rizado pom pom en la cintura y un sombrero adornado sin audacias. Los consuelos de los amigos y la convicción de que el difunto ha perdido este mundo feroz y transitorio para entrar en posesión de otro mejor y definitivo, animan a la viuda al pasar los cuatro meses a ponerse alhajas y a colocarse un *sprit* razonable en el sombrero y adoptar una *posse* menos desolada.



—Este Pedro es muy trabajador.
Sí, Fíjate como se está partiendo el pecho.

Dibujo de LÓPEZ R.Y.

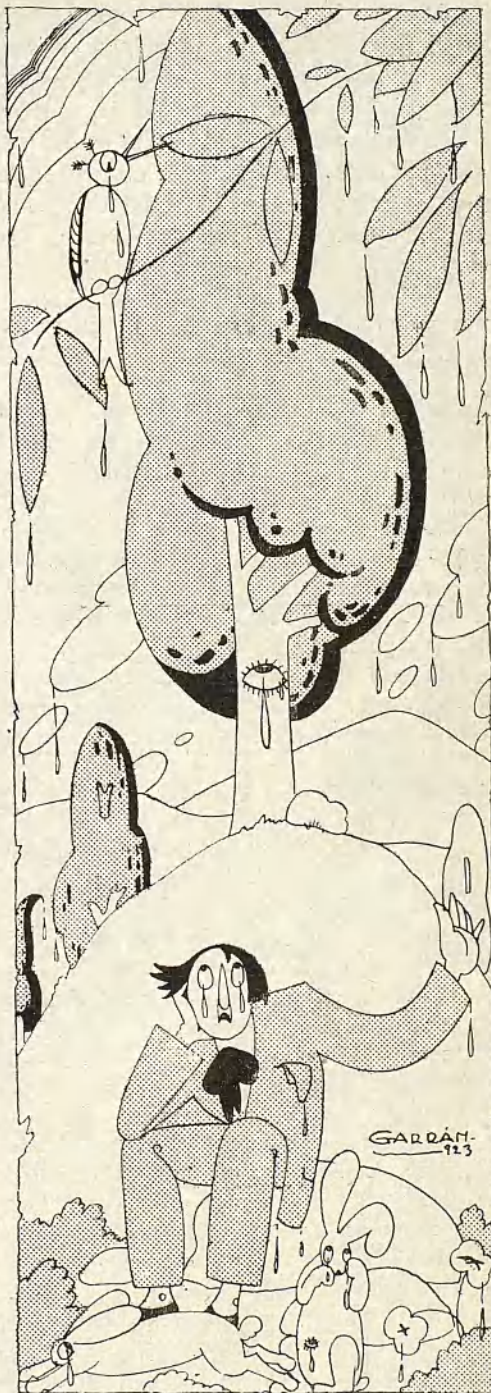
Desaparece su aspecto de foca susceptible para ofrecer el de una gata abordable.

Y finalmente, cuando la Providencia que cicatriza todas las heridas por profundas que sean, calma piadosamente al dolor de su desgracia, el pesar no vuelve a tener la intensidad primitiva sino en determinadas ocasiones.

Algunas veces diríase que empieza a olvidarse la pérdida sufrida; de cuando en cuando se recuerdan los defectos del sér llorado, oponiendo, claro es, sus buenas cualidades para que los amigos no critiquen, y el color blanco afina la silueta de a inconsolable; un poco de carmín colorea sus mejillas para borrar las huellas de tantas congojas, que, por lo general, afean y envejecen, y hasta cabe pintarse un lunar junto a la boca, para que la sociedad no piense que renuncia a agradar. El término del dolor es una dulce y enternecedora conformidad con la voluntad divina, que admite las notas de color en la *toilette* y la vuelta a las medias transparentes, a los escotes y a los brazos desnudos. Sólo resta echar una cana al aire, después de pintarla, por supuesto. Se sufre menos por la pérdida del ausente y se concluye disculpando a esas mujeres que contraen segundas nupcias.

Naturalmente, que cuando el marido perdido es viejo, feo o antipático, el dolor es más acelerado, el consuelo sobreviene más rápido, y cualquiera que sea la desesperación de la viuda, sería mayor la que sintiera si el difunto resucitase. Algunas suelen acompañarlo al cementerio para cerciorarse de que realmente ha muerto y de que no volverá á importunarlas por quedar bajo tierra.

Para exteriorizar estos sentimientos, las modistas han ideado verdaderos prodigios de elegancia y buen gusto que animan a asesinar al marido más santo. Se ha comprobado que mujeres vestidas de color, pasaban completamente inadvertidas, y que al ceñir los atavíos viudales han resultado seductoras y llenas de un atractivo de que carecieron en vida del esposo.



APUROS DE UN HUMORISTA

— ¡Y tener que hacer un chiste gracioso en este valle de lágrimas!..

Dibujo de GARRÁN

Realmente, los trajes de luto prestan a las mujeres un misterio adorable y un interés grandísimo. Cuando vemos una criatura irreprochablemente vestida de negro y con el semblante dolorido, delator de una viudez reciente, pensamos sin darnos cuenta: «¡Pobrecita muchacha! ¡Qué desgracia la suya! ¡Quedarse viuda tan joven y tan linda!»

Y una fuerza interior, invencible y cristiana, nos obliga a consolarla. En cambio, al tropezarnos con una viuda mal vestida, con los tacones distraídos y gesto de leona, pensamos invariablemente: «¡Qué bien hizo tu marido en morirse! ¡La lástima es que no te haya llevado por delante!»

ALVARO RETANA

HAY QUE ALBOROTAR

EL hombre de la laringitis le dijo al hombre tartamudo:

—Mire, no se moleste; váyase a su pueblo, tumbese en el corral con las gallinas y los cerdos. Usted no puede triunfar, usted no será nunca nada... No tiene usted voz; mejor dicho, no tiene usted pulmones.

—Pero—objetó tímidamente el otro—permítame usted que le diga que yo no pienso ganarme la vida cantando óperas o voceando tomates. Ni sacamuelas ni concejal.

—Pues lárquese a escape a su rincón, hombre. Si no sabe usted dar gritos, no tendrá usted talento, ni honor, ni le cofizarán en ninguna parte. El español que más se desgañita llega más pronto. No vale la sordina ni el tono discreto y mesurado del que tiene, además de inteligencia, buena crianza. Cuanto mayor robustez tenga su laringe, más holguras y halagos le rodearán.

El tartamudo lanzó una fosecita cortés.

—Es que dar gritos, la verdad, es tan antipático, tan soez, tan reproble...

—Pues hay que dar gritos o perecer. Bien se advierte que es usted un pobre forastero, amigo de perderse en silencio, con la boca y los ojos bien abiertos, por junto a la acera. Pero ya se convencerá usted de que está perdiendo el tiempo y malgastando su valía. Fíjese en cualquier parte, en las gentes y en las cosas. Todo gesticula, todo vocea, todo se descompone y solivianta, mi querido señor y amigo. Vea usted los periódicos; grandes titulares, letras enormes, adjetivos detonantes. Si estos nobles heraldos de la opinión no la sirven estos platos fuertes, meridionalmente atestados de alarmas tipográficas, la opinión, seguramente, no les haría caso. Mire, mire ahí enfrente, en el café: la tertulia de hace veinte años sigue discutiendo a gritos, lanzando risotadas



—No es la primera vez que veo a estas muchachas.

—Si, son aquellas hebreas que hicieron con nosotros el viaje de Guatemala.

—¡Ha, si! Las judías del barco.

Dibujo de CARINO.

como estampidos entre los altos e innumerables espejos que multiplican la claridad insolentemente. Y el señor de la peña que lleva la voz cantante, ¿se fija usted?, lleva en el dedo meñique cinco anillos terribles, gordos, deslumbradores, que atruenan la vista y la ensordecen... Pues sigamos andando. ¿Y esas tiras de percal que ostenta ese comercio? Vea que en letras de un metro se dice: «LIQUIDACIÓN. ÚLTIMOS DÍAS.» En las planas de anuncios la musa áspera de infinitos industriales y mercaderes ordena, manda, aperece: «¡No más callos!» «VÍSTASE USTED EN LA

SASTRERÍA DE FULANO. Esto cuando no se meten a indagar ciertas cosas: «¿TIENE USTED HEMORROIDES?» En el tranvía nos enteramos de mil cosas íntimas o particulares, porque todavía cultivamos la vieja costumbre de hablar en alta voz, lo mismo si es para contar que anoche fuimos al teatro como para referir el último «lío» que tenemos con la Zutanita. En todos los negocios u oficinas hay un hombre que charla a gritos, y es el oráculo, y un jefe que no se muerde la lengua y asciende.

El tímido ahuevaba los ojos, escandalizado.

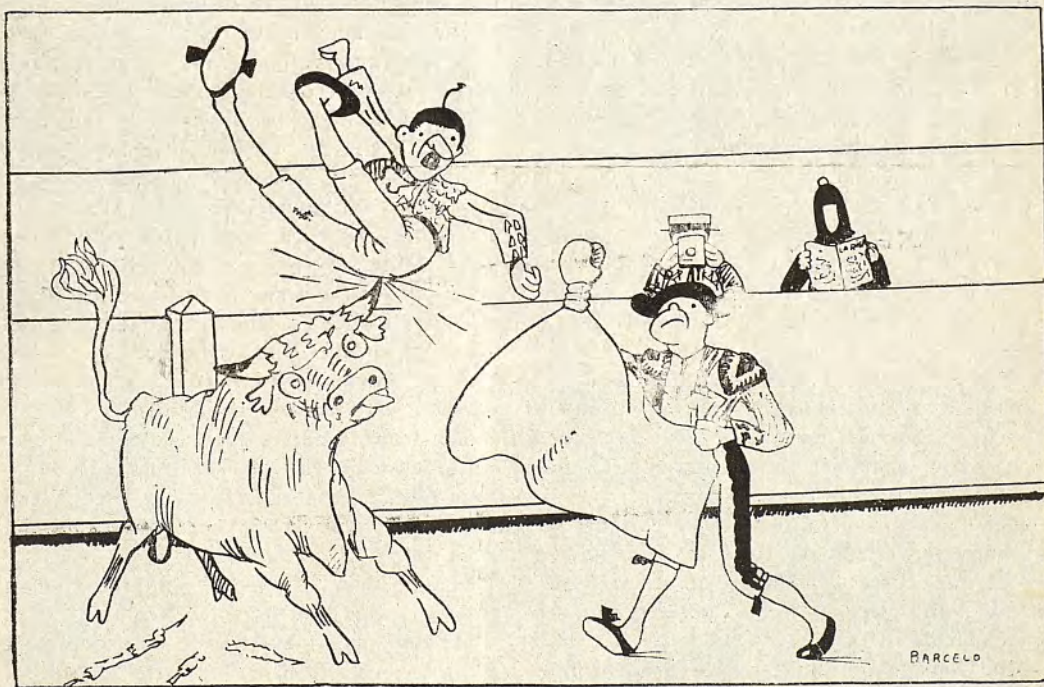
—¡Póbre de usted—continuaba su interlocutor—, pobre de usted si se calla o insiste en adoptar una actitud modosica y urbana! ¡Se lo comerán a usted con patatas! Yo conozco a más de un matón grafomano que ha escalado puestos remuneradores sólo por chillar y levantar el gallo a cuatro infelices que callaban, mudos de cobardía o de indolencia. Al que se desgañita lo oye todo el mundo, y, además, le atiende, le complace. Sólomente haciéndose temer en un pueblo como éste de gandules y de astutos, se

defiende el pan y se conquista un poco de sol, para no perecer de olvido y de injusticia. Las mujeres tienen por más macho al que vocifera que al que calla. Callar no es aquí indicio, como en otras zonas de más altura intelectual, signo de distinción, de ingenio y de misericordia. Cuando un hombre de talento habla en público y habla bien, sin dar gritos, lo más que alcanza es una cátedra o un bufete; pero si habla mucho y en términos descompuestos, irritados y tempestuosos, lo proclaman insigne, y todos los ensordecidos lo aupán...

—¿Entonces?—preguntó el otro.

—Entonces lo que procede, como le digo, es imitarme a mí, o desaparecer de estos Madriles. ¿Ve usted que fumo buenos puros y me abulta la cartera de los hermosos billetes que en ella guardo? Pues lo único que todo ello me ha costado ha sido esta afonía. A fuerza de voces he ganado la ventura de callar. Estoy ronco; es decir, encantado de la vida.

E. RAMÍREZ ANGEL



— (El de arriba).—¡Déjalo. «Potaje», que me van a «asé» una instantánea!

Dibujo de BARCELÓ.

EL INDIO ENAMORADO

CONTESTÓ a mi carta manifestándome que podía pasar por su domicilio cuando se me pusiera en las narices, para celebrar la interviú que yo le seaba.

Nunca esperé me los de la *Chelito*. Y a casa de *Chelito* fui con cuartillas, lápiz y una camisa de seda. La *Chelito* me recibió con la simpatía que la caracteriza, y con una «ligereza» de ropa que tuve que sujetarme la cabeza con las dos manos, pues a poco se me escapa volando.

Charlamos largamente; luego, ya hecha la interviú, en un encantador plan de confianza, me enteró *Chelito* de lo que le ocurría en aquellos momentos. Una cosa de importancia, que estaba deseando comunicársela al primer tío que tuviera a mano y le fuera agradable. Aquel tío fui yo.

La ingenua-perversa artista de variedades, tan popular como el sarampión, me cogió las manos, y en un momento de debilidad me dijo, sobre poco más o menos y casi sobre mi cuerpo, que no carece de gitanería:

—... Y ese príncipe indio, el indio enamorado, como yo le llamo, convencido de que no conseguirá de mí ni una sola caricia, ni aun fingida, ha jurado raptarme. Montones de oro, trajes, joyas, ¡hasta una caja de higos me ha ofrecido! Pero francamente, chico, no puedo con los hombres de barriga.

—Pero..., ¿y tu madre, la señora Antonia, no te obliga a contraer matrimonio con ese «negociazo»?

—Hombre... Ya la conoces. Pero algunas veces hago lo que se me pone en las pantorrillas.

—Y haces muy bien. Yo, Consuelito adorable, comprendo que tu madre vele por tu virginidad y que quiera para ti un tío que de rico le den náuseas; pero también comprendo que el amor por «riñones» no puede ser.

—Mi madre apenas si se ha enterado. Lo que me apura es mi situación. Nadie más que tú y yo sabe lo que ocurre. A mi madre no quiero recordarle el indio y decirle lo que pasa, porque es muy capaz de...

—Sí. Capaz de ir a buscar a ese príncipe para que se case contigo y no cometa la idiotez de raptarle.

—Pero, bueno; lo que yo quiero de ti es que me ayudes a salvarme.

—¡Cómo no, vida mía!

—Tengo un plan magnífico.

—¿Y por qué no has dado parte a la Policía?

—No. Quiero que esto quede sumido en las tinieblas. Además, ese tío es muy poderoso en todas sus cosas, y, además de estropearnos los planes, lograría sus deseos. ¡Yo quiero darle sin vida!

—¡Matarle!...

—No. Dejarle sin vida.

—¡Mi «agüela»!

—Si aceptas, te doy mil pesetas.

—¡¡¡...!!!

—No te ofendas, tonto, que te hacen falta..., que te harán falta para gastártelas conmigo... Cenaremos dos noches juntos.

* * *

En un hotel de Madrid Moderno, alquilado para tal efecto, esperamos al príncipe indio. La *Chelito*, más preciosa que nunca, con un traje que «torrefactaba», fumaba un cigarrillo egipcio. Yo daba puñaladas a un cojín, para entrenarme. El príncipe no tardaría. El recado nuestro lo recibiría con cuatro horas de anticipación.

Se oyó un *auto* que venía. Me escondí. Consuelito se preparó. La doncella que habíamos llevado salió a abrir al príncipe.

Entró el príncipe y estampó un beso en la rubia cabeza de Consuelito. Yo temblé como una vieja friolera. El puñal se me cayó al suelo.

Chelito miraba inquieta hacia donde yo estaba escondido. Ya tenía yo que haberme liado a dar puñaladas, pero no me atrevía.

Y en mis dudas estaba cuando lancé un grito de salvaje picado y banderilleado.

Aquel indio no era un indio: era Artemio Precioso..., el popular novelista.

Salí de mi escondite, loco de alegría al reconocer a un amigo que, por serlo, no mataría.

La *Chelito* estaba confusa. Artemio Precioso me miraba como diciéndome: «Me has torcido la aventura.»

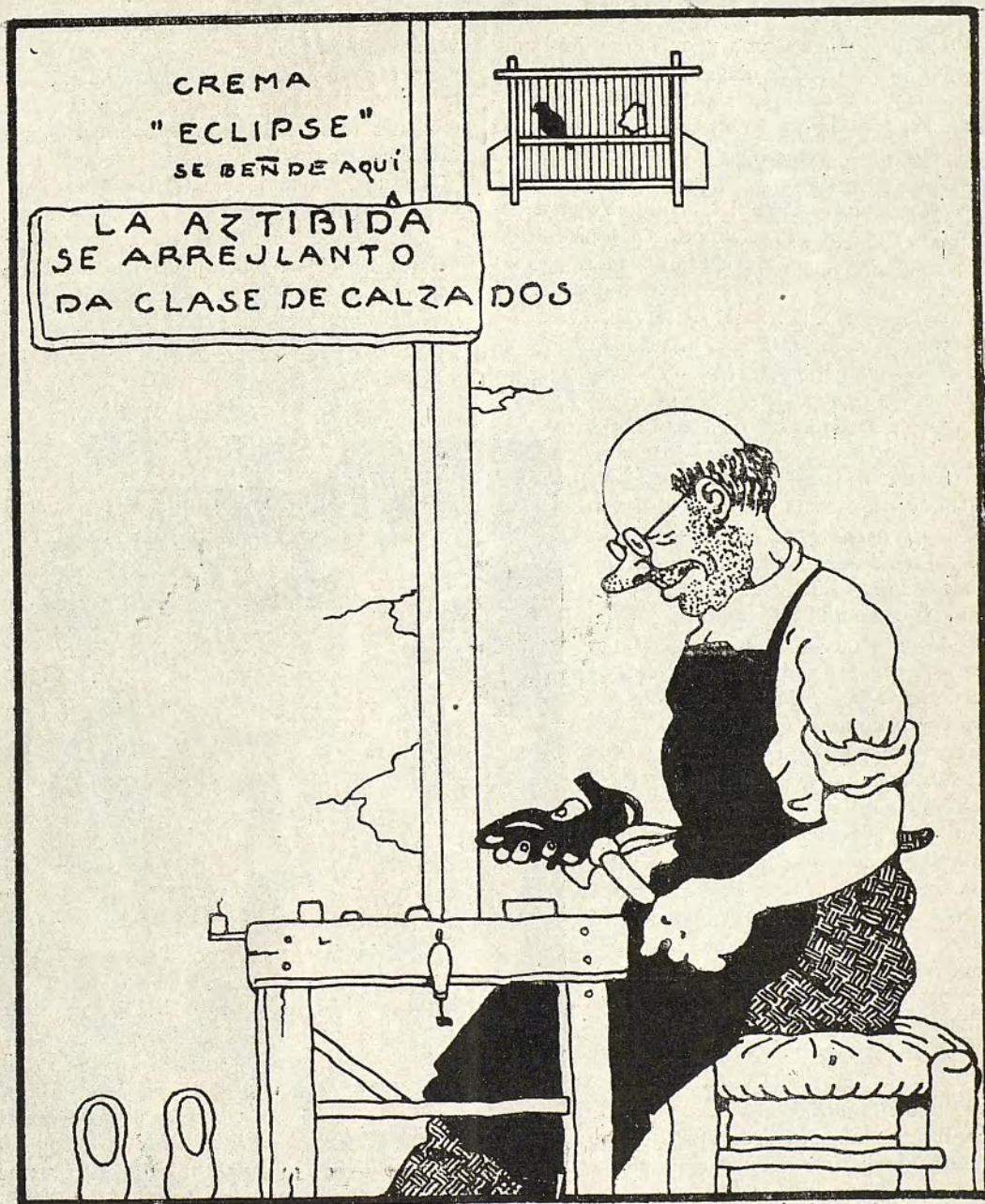
Y, entonces, yo cogí mi sombrero, salí a la calle y tomé el tranvía de las Ventas...

Iba a dispuesto a tomarme un chocolate con picañotes en un café de la Puerta del Sol.

No podía hacer otra cosa.

NICOLÁS DE SALAS

Tokio, 1923.



HERRERO

El señor Ramón le ha puesto un «piso» a la Lola.

Dibujo de HERRERO.

POR QUÉ ES NEGRA LA CAMISA DE LOS FASCISTAS

SE puede venir a Roma y olvidarse del Padre Santo, pero lo que de ninguna manera puede hacerse es dejar de saludar a don Benito Mussolini, exportador del fascismo al por mayor a todas las naciones del Globo, especialmente a España, donde hace poco montó una sucursal. ¡Vaya con el fascismo! Cualquiera iba a decir que un Ideal que se propaga por mediación del aceite de ricino, iba a tomar tan rápido incremento en la tierra de la leche envenenada.

Era necesario, por lo tanto, privando este año en España la *musselina*, el hacer una interesante información sobre la moda de hoy en día. Así es que cuando me dieron el encargo de hablar con Benito, y, por lo tanto, de hacer un viajecito a Italia, me hinché de alegría.

Una vez por estas tierras, y después de haber visto «Roma se divierte», sin necesidad de acudir al teatro, fui a ver a Mussolini. Claro está que antes de esto vi «al soldado de Nápoles que se fué a la guerra», el cual accediendo a las súplicas de su amada, que le gritaba eso de «no mueras soldado no...», ha regresado sano y salvo de la contienda y dispuesto a alcanzar la «dicha de amar que es gloria también».

Y no quiero contarles nada más de lo que he presenciado y estoy presenciando y presenciaré por estas tierras. Si el que quiere peces necesita mojarse lo que ustedes saben, el que quiera saber lo que hay por aquí que haga un viaje como yo lo he hecho y se enterará de todo.

* * *

Confieso francamente que cuando me dirigía al palacio de don Benito llevaba un poquín de miedo, miedo que procedía del temor de que no le pareciera mi modesta persona lo suficientemente fascista y me hiciera ingerir, aun contra mi voluntad, aceite de ricino. Y aquí estaba el problema: ¿qué hacía yo por estas calles con los pocos quioscos de necesidad que hay y llevando un litro de ricino en el estómago?

Por fortuna, don Benito es muy ama-

ble y me recibió cordialmente en su despacho, en el cual, por seguir la moda, las paredes están cubiertas de crespones negros: ¡en fin, que todo lo veía negro!

Le expongo mis pretensiones, que acoge con la misma alegría que aquel a quien le anuncian que su casero ha decidido no cobrarle más el alquiler de la casa.

Hay un momento de silencio. Mussolini revuelve con nerviosidad los innumerables papeles que pueblan su espaciosa mesa. Al fin comienza a hablar. Cuando lo hace parece que canta; se descubre en él inmediatamente su origen italiano.

—Así es que desea hacerme una «interviú»,



UNA DEDUCCIÓN

— ¿Será posible? ¿Habrá venido aquí encerrada una mujer?

Dibujo de SALMERÓN PELLÓN

¿verdad? Pues puede usted preguntarme todo lo que quiera, que yo le contestaré a todo lo que sepa.

—Abusando de su amabilidad, ¿quisiera contarnos algo de su vida?

—Para no hacer esta conversación interminable, le contaré lo principal: Yo a los diez y seis años ingresé en el oficio de deshollinador. Así permanecí hasta los veinte; pero mis lecturas y mis ambiciones me cansaron de andar de chimenea en chimenea. Además, que yo tenía otras aspiraciones, tenía la cabeza llena de humos.

—Se comprende, cuatro años de deshollinador son los suficientes no solamente para tener humos en la cabeza, sino para tener hasta hollín.

—Dejé ese oficio y me metí a socialista. Aquí el trabajo era descansadísimo; pero una vez vi-

nieron mal dadas y tuve necesidad de ingresar en el bajo oficio de pocero. Poco tiempo permanecí en él; mis ambiciones me hicieron elevarme hasta el cargo que ahora ocupo.

—¡Caray, pues si que fué subida! ¡Ni las subsistencias en España! Se comprende que un pocero abrigue, con su mejor abrigo, la pretensión de ascender aunque nada más sea desde el fondo del pozo al ras de la calle, pero de eso a presidente del Consejo... Y dígame: ¿a qué obedece el haber elegido como distintivo del fascismo la camisa negra?

Mussoline sonríe con esa sonrisilla peculiar de los italianos, y me murmura irónico.

—Esa es una de mis martingalas de economista, que le ruego no divulgue. Yo siempre he sido un gran economista, y comprendí que si mis co-

rreligionarios usaban la camisa blanca, con lo pobres que entonces eran, no iban a ganar ni para jabón, y como a mí me gusta ante todo la limpieza, me dije: «¡qué demonio!, usando camisa negra no hace falta lavarla, y cada día que pase parece más nueva.»

—¡Hombre, don Benito, que cosas se le ocurren a usted! Y con los griegos: ¿qué le sucedió que armaron aquel zipizape?

—Pues una consecuencia muy lógica de su proceder. Ellos nos tienen mucha envidia, y como han visto que Italia ha inventado la cosa más grande que [registrará la historia: la manera de llevar camisa sin tener que gastar jabón, todo se les volvía decir que Grecia era la cuna] de la civilización; que allí había nacido Diógenes y una porrillada de sabios más. ¿Usted sabe quién fué Diógenes?

—No, señor; pero si le interesa mucho bajaré a preguntárselo al tendero de la esquina.

—Pues Diógenes fué una especie de asesino del César. ¿Usted sabe quién fué el asesino del César?

—¡Me está usted poniendo en un compromiso, don Benito; van a creer los lectores que no conozco nada de Historia! ¡No sé



EL.—Y pensar que engañas a tu marido conmigo, su mejor amigo.

—Que quieres, ¡si no me ha presentado otro!

Dibujo de SOUSA.

quién fué el asesino del César; pero interesaré a la policía española su captura!

—¡Hombre, Bruto!

—¿Eh?

—¡Qué, Bruto!

—¡Caballero, eso de bruto no me lo repite usted en la Plaza de San Pablo!

—Sí, hombre, sí; el asesino del César fué un señor que se apellidaba Bruto y se lo repito aquí y donde quiera.

—No se moleste; ya no hace falta, créa que se refería ese bruto a mi persona; y hablando de otra cosa: ¿quiere contarnos algo sobre el procedimiento que ustedes emplean para convencer a sus enemigos?

Don Benito vuelve a sonreír; aspira con deleite el humo de su cigarro, y me contesta:

—¿Se refiere usted al aceite de ricino?

—Justo, sobre ello dirigía mi pregunta.

—Escuche usted: Nosotros tenemos en nuestro programa la necesidad de que todo el mundo obre bien. Por el mero hecho de ser fascista, se es buena persona, ¿pero como conseguir el que nuestros enemigos lo fueran también? Entonces se nos ocurrió la solución al problema: para que «obren bien» nuestros enemigos, no hay cosa mejor que administrárles cierta cantidad de ricino. Claro está que influyó mucho en la anterior solución, el que yo fuera propietario de la compañía suministradora del agua a ciertos cuartitos, donde cada cual descarga su conciencia a su gusto.

—¿Sí eh? Pues mire usted por donde sus palabras me han hecho vislumbrar [un negociazo. Ahora mismo me marchó a España, y como allí comienza a extenderse el fascismo, acaparo los rollos de papel higiénico y en pocos días hago un capitalazo.

Y sin despedirme salí corriendo hacia mi tierra.

La cosa no era para menos; cualquiera desperdicia un negocio así.

VALENTIN LOSMOZOS

Roma, calle de Lavapiés y octubre.

Un individuo a quien un cacique había conseguido nombrar Secretario de un Ayuntamiento, fué declarado cesante por no saber escribir, y al preguntarle el gobernador, asombrado, cómo podía haber desempeñado su cargo sin saber poner la pluma en el papel, contestó tan tranquilo:

—¿Qué falta me hacía saber escribir a mano, teniendo máquinas de escribir?

LA LOCA AVENTURA

MI amigo Betúnz era lo que se dice un hombre excesivamente fresco, ¡Vamos, uno de estos individuos que *congelan*!

No quedaba ya patrona en Madrid que no tuviese algún amargo recuerdo suyo.

Su debilidad eran las aventuras cinematográficas. Pedía siempre una localidad doblada. Ya saben ustedes que una localidad doblada en un *cine* equivale a tener una dama al lado.

A principio de verano, y en una de estas sesiones, halló una compañera de localidad que le chifló por comp'eto.

La seguía a todas partes, pero ella siempre se le mostró esquiva, sin concederle el menor favor.

Supo que la dama de sus desvelos se marchaba a San Sebastián, y ni corto ni perezoso se dispuso a seguirla y continuar su asedio donde fuese preciso.

Empeñó toda la ropa de invierno, la cual fué sacando del baúl sin que lo advirtiera la patrona, y cierto día desapareció de la casa de huéspedes adeudando tres meses de pupilaje.

Doña Emerenciana, que así se llamaba la patrona, la cual era una señora *de caballería*, como vulgarmente se dice, escamándose por la ausencia imprevista de mi amigo, se decidió a registrarle el baúl. ¡Y cuál no sería su sorpresa, al ver que éste solo contenía una camiseta sucia y un tomo en rústica de Rocamboles! ¡Buen chasco le había dado el pollo aquel! ¡Pero juró que el día que le echase la vista encima se las iba a pagar todas juntas!

Mi citado amigo en alas del amor y de un tren mixto se trasladó a la capital guipuzcoana.

Allí continuó su asedio con más ahinco que nunca; pero sus dardos amorosos se estrellaban contra el duro corazón de la dama como el dulce merengue sobre el guardacantón.

¡Era la primera que se le resistía!

Y picado en su amor propio, apeló a todos los medios que tenía a su alcance para ablandar aquella víscera cardíaca.

Cierto día creyó morir, de alegría primero y de despecho después.

La dama, en contra de su costumbre de rechazarle agriamente, le recibió con la sonrisa en los labios y le encargó que buscara un automóvil de alquiler.

Más que rápido, ve'ozmente cumplió Betúnz el encargo, regresando sobre un estupendo Hispano-Suiza.

n hom-
e estos

e no tu-

atográ-
da. Ya
en un

as sec-
que le

mpre se
menor

marcha-
oso se
o donde

cual fué
patro-
e hués-

a la pa-
allería,
e por la
ecidió a
rpresa,
a sucia
en chas-
uró que
s iba a

un tren
na.

co que
estrella-
como el

odos los
blandar

imero y

e de re-
nrisa en
automó-

Betúncz
do His-

¡Pero cuál no sería su asombro al observar que su adorado tormento le esperaba en compañía de un corpulento individuo, el cual le dió las gracias muy amablemente por haber traído el *auto*, al mismo tiempo que montaba en él acompañado de la dama y ordenaba al mecánico que los condujese a Biarritz!

Mi amigo quedó en tierra como el que ve visiones.

—¡Ah ingrata! ¡No sólo no correspondía a su amor, sino que encima le había tomado por un recaídero!

No apeló en el acto a una determinación violenta por dos poderosísimas razones: primera, porque carecía de dinero, y segunda, porque el acompañante de la socia era boxeador.

Descorazonado y triste legó a la corte; pero su pesadumbre fué pasajera. Pronto se hizo la cuenta de que «la mancha de la mora con otra verde se quita», e intentó acometer otra aventura cinematográfica.

Se dirigió al *cine* más próximo y pidió una localidad doblada.

Cuando entró en la sala esta se hallaba a oscuras por haber empezado la sección.

El acomodador le condujo a su asiento, alumbrando con la linterna eléctrica.

Betúnez quiso ver el rostro de la compañera que le había tocado en suerte valiéndose de la luz de la linterna, pero no le fué posible por haberla apagado inmediatamente el acomodador.

No debía ser mala hembra. Por lo que a oscuras se podía apreciar, era una mujer de formas abultadas.

El corazón de nuestro hombre latía con violencia, produciendo un ruido semejante al *tic tac* de un despertador.

Poco a poco fué estableciendo el contacto con su vecina. ¡Aquello era pan comido!

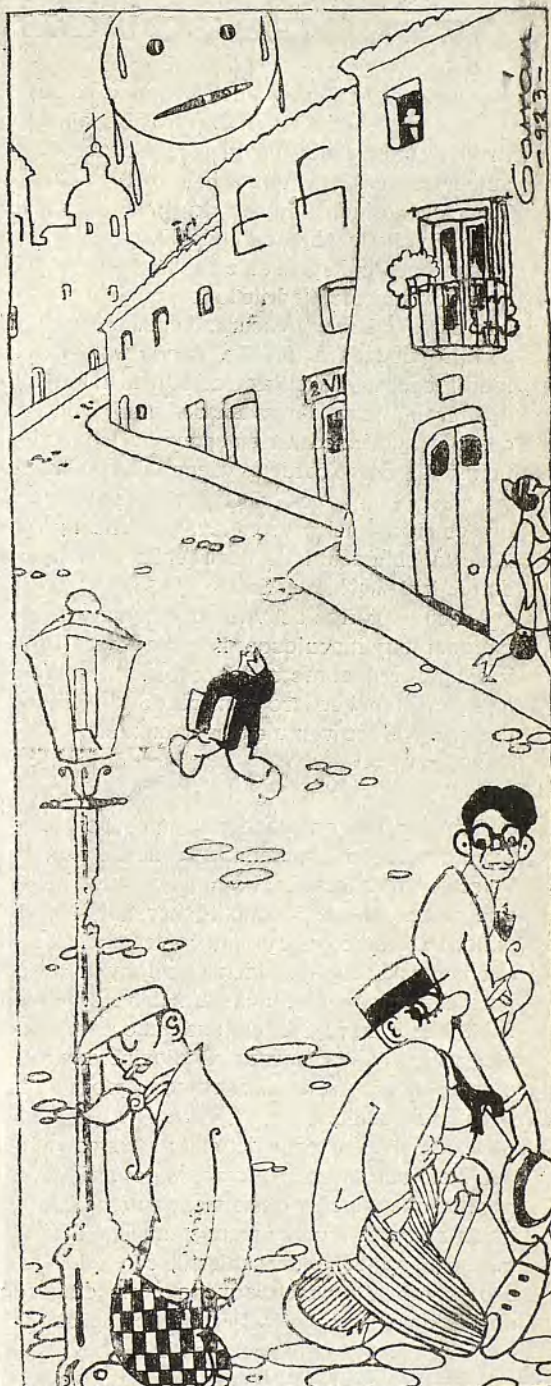
Deseando estaba que encendiesen la luz para ver la cara divina de aquella robusta hembra. ¡Porque debía de ser divina! ¡Se lo decía el corazón!

Terminó la película. Al iluminarse la sala, se escucharon dos gritos simultáneos, y se vió que Betúnez rodaba por el suelo acometido por una señora gruesa que parecía una fiera.

¡Su vecina de localidad, a la que él había estado conquistando, era doña Emerenciana, su antigua patrona!

Y cuentan los acomodadores que terminada la refriega, sólo se pudo encontrar de mi amigo media americana, los tirantes y un trozo de terquilla de la nariz.

ISIDRO THOMÉ



A ese punto lo detuvo la policía y dió nombres cambiados. Primero dijo que se llamaba López, y encuan-to tuvo ocasión se llamó Andana.

Dibujo de GARRÁN

DESDE LA CONCHA ... DEL APUNTADOR

La casa de la alegría, de Asenjo y Torres del Alamo, estrenada en el Teatro Español por Francisco Morano—un gran actor deshecho y su compañía. Claro que a la obra de Asenjo y Torres le perjudica mucho «la mala compañía». Pero sin ella la obra es endeblita y tal. Carece de una cosa indispensable en las buenas comedias de ambiente madrileño: espontaneidad, o lo que es lo mismo: frescura, sencillez, naturalidad. Es una obra forjada, hecha a la fuerza, todo preparado, previsto, atando bien los hilos de la trama para dar veracidad a lo artificioso, complicando innecesariamente la acción, y por último falseando carácter y lenguajes madrileños (el madrileño no es afectado, caramba), de lo que es ejemplo el personaje *Poli*, ese tipo que tiene la obligación de decir chistecitos que le dan la frase. ¡Una lástima!

Asenjo y Torres del Alamo son muy buenos amigos, muy ingeniosos, hombres que laboran y simpáticos, sobre todo Antonio..., pero no han pasado del cuadro primero de *El chico del cafetín*. Allí los van a enterrar juntos.

Su Majestad, que ya conocíamos por un ensayo general en La Latina, repuesta ahora en Price con otra orquesta y más sabida, nos sigue pareciendo de poco éxito, a pesar del gran éxito. Paradójico estoy, ¿no? Me explicaré: El libro de esta zarzuela, bien escrito y preparado para el músico sólo, tiene un defecto: falta de flexibilidad inevitable en sus autores señores Merino y Avecilla, porque es idiosincracia. Pero a pesar de eso es, en nuestro concepto, un buen libro de zarzuela.

De las proporciones del éxito sólo es responsable el ilustre maestro Luna, algo mejor compositor que Vives y otros menos *vives*, porque hasta ahora es a quien menos música de otros maestros se le ha descubierto; eso que en *El asombro de Damasco*, aquella parte de barítono del acto primero... Pero «agua pasada...» —dice un refrán—no muele molino.»

Bueno: el maestro Luna—y continúo el concepto—tiene la culpa del escaso éxito, pese a los estruendosos aplausos por el vicio de repetir sus partituras. Es fama que el maño don Pablo repite sus números protestados anteriormente en obras posteriores... hasta que *encajan*. Y así ahora.

En *Su Majestad* encontramos números oídos en aquel *Hotel de los enamorados*, que le fruncó la temporada a Chicote el año de 1922.

¡Bien empleado le está a Manolo Merino, quien merece el triunfo por pagarse de nombrecitos! A estas alturas—dígalos el ejemplo de la Comedia con *El niño de oro*—, el público no quiere saber nada de famas ni de apellidos. ¡Obras, «obras son amores y no buenas razones!»

¿Qué no las hay?... ¡A que sí!...

Hoy se me acaba el espacio y lo siento. Quería hablar de *La moza de campanillas*, de Vives, del nuevo éxito del Cómico, de la labor de Dicenta y Paso (hijo)... pero no es posible.

En el número próximo procuraré hacerlo, aunque sea en forma telegráfica.

Los estrenos y los éxitos.

El *periodista* estrenado, es un propósito sin importancia literaria, pero en el cual, NARCÍS, el genial actor, realiza un trabajo, verdaderamente admirable, con la notable actriz Consuelo Menta y el buen actor Narciso Ibáñez, ya conocido en Madrid por Narcisón.

El famoso niño, consagrado como actor extraordinario primero en *El pibe del corralón*, después, en otras obras y, por fin, en *Rapachío* siguió triunfando en la nueva producción que acaba de ser estrenada en Eldorado.

Se inició la temporada de Eslava con algunas novedades. Por ejemplo: estreno de una obra de Muñoz Seca, regular «tal cual». Reaparición de Josefina Morer, que viene tan gorda como Ana Quijada, y por el contrario enflaquecimiento de Martínez Sierra, que ya pesa menos que Milagritos Leal.

Más novedades: la Leal tiene novio; una señorita de la compañía... no, y pasa muy malos ratos.

Collado, pesa ahora veintidós kilos con botas de agua, garrota y gabán ruso. Martori, trae la voz más estentórea que nunca y Baena, Carlos Baena, se ha dejado crecer el pelo, de tal manera, que tiene indignado a don Gregorio, que solo quiere en su compañía actores de poco pelo.

Las hijas del rey Lear, original del primer Pericó de la dinastía Seca, fué aceptada, aunque se le pusieron ciertos reparos.

Por cierto que hemos observado ahora una extraña cosa, cuyo estudio proponemos a los hombres de ciencia: cuando un actor dice un chiste de Muñoz Seca, el público da un alarido y se retuerce lo mismo que si le dieran una pedrada en el estómago. Nosotros, hemos conciliado su apellido Seca con esto. Indudablemente, a la «seca» procede o sucede, dicen los campesinos, la asoladora piedra. Lo sentimos por el teatro de Eslava, que se verá sin más espectador que el *griffón* de Baena. Y éste, seguramente, ladra la comedia. ¿A que sí?

Como Zorrilla nos parece un actor de segunda fila, lugar único a que tiene derecho y en el que merece alabarse su discreción. Como Zorrilla se obstina en tener gracia, púese a sus gestos horripilantes, macabros, espeluznantes, tenemos que insistir en juicios anteriores.

Zorrilla, y su pésima compañía, en la que al-

gún elemento estimable, cae arrastrado por la maldad ajena, aunque hagan obras buenas..., solo hacen «malas» obras.

El fin de Edmundo, que debiera ser el fin de Pedro Zorrilla como actor cómico, es una farsa hábilmente desarrollada, aunque con más suerte iniciada que conducida.

La jocunda obrita de García Álvarez y Andrés de Prada tiene un acto movido, gracioso, que distrae, y otro acto endeble, desigual, desvaído o alicaído mejor, que se tolera merced a la «fraternal» ayuda.

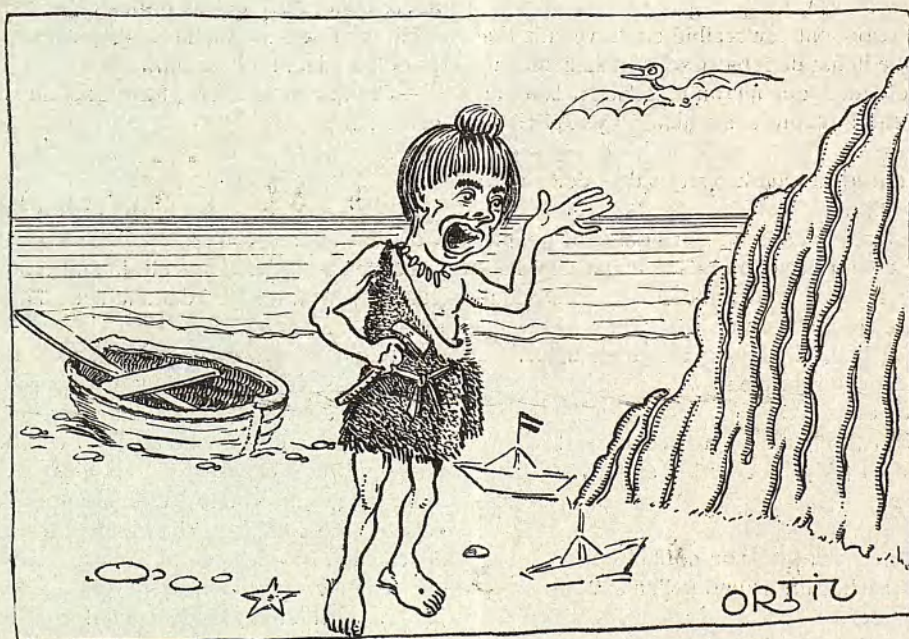
Pero, al final, se salvó el buen nombre de los autores algo a duras penas y no por su culpa. En fin. *El fin de Edmundo* es lo más afortunado y consistente de cuanto se ha estrenado hasta ahora en el infortunado Rey Alfonso.

¡Y vaya un toro difícil que la empresa Zorrilla-Miura deja a la empresa Ferrándiz-Foronda! Un bicho reservón y aculado a las tablas... Amenaza a la caja de caudales una cornada grave.

Y pide perdón por la manera de señalar.

Por el que va; corre y oye...

EDUARDO M. DEL PORTILLO



Y Noé, hijo de Lamech, además de entretenerse en hacer barquitos, cantaba aquello de *costas las de levante*... El hombre presentía «Marina» y el desastre de Cavite.

Dibujo de ORTIZ.

COSAS DE CUARTEL

El general don Felipe Ruibarbo y Botasillas visita cierto día un cuartel de su jurisdicción militar. Durante la revista el coronel del regimiento se dirige a un soldado, y le pregunta:

- Oye, muchacho: ¿Cómo se llama el general?
—¿Cuál? ¿Ese chiquitín?... ¡Celipe!...

* * *

Un soldado que apenas sabe hablar tiene necesidad de entrar en el cuarto de banderas, y pregunta desde la puerta:

- ¿Da usted su «premisio»?

El oficial de guardia permanece impávido, sin hacer caso a la pregunta.

- ¿Da usted su «premisio»—repite el sorchi.

—Hasta que no lo digas bien, no entras—contesta el oficial.

El quinto se va amoscado y acude al sargento, el cual le dice cómo tiene que pronunciar la frase.

- ¿Da usted su per... mi... so...?

A lo que responde el oficial:

- «¡Adrento!»

* * *

En un regimiento se recibió cierta vez un donativo que había de repartirse precisamente entre los soldados que fueran andaluces. Uno de los sargentos reunió a su pelotón y explicó el caso.

—Los que sean andaluces que den dos pasos al frente—dijo.

Uno de los soldados, que era gallego, no pudiéndose conformar con que los andaluces fueran solamente los favorecidos, se hizo el «longui» y avanzó dos pasos.

- ¡Pero, oye! ¿Tú también eres andaluz?...

- Sí, señor, mi «primeiro»...

- ¿Y de dónde eres?

- ¿Yo?... ¡¡De Jerez de la «Fronteira»!!

Y cobró... ¡Vaya si cobró lo suyo!...

* * *

Un coronel preguntó a un soldado:

- Oye, muchacho: ¿cómo te llamas?

- Juan Pérez.

- Y yo, ¿cómo me llamo?

- ¿Usted? Don Corniculario Peñáz.

—¿Cómo usted! ¿No sabes que yo tengo tratamiento de usía? ¿Por qué no me lo das?

—¡Yo no lo tengo, mi coronel!—responde el soldado, registrándose los bolsillos.

- ¡Pues lo tengo!

—Pues si lo tiene usted, ¿cómo se lo voy a dar yo?

* * *

Un sargento de Caballería reúne a un pelotón de quintos en instrucción y les explica la montera.

—¡Pelotón, firmes!—ordena—. ¡Fijaos muy bien! La correa que, partiendo del centro de la circunferencia o radio, que para mí es todo lo mismo, y pasa por debajo de la cola, se llama bati ídem, y digo ídem por no repetir la palabra cola. ¡Conque, a ver! ¿Cómo se llama la bati-cola?

—Bati ídem, mi sargento—responde uno de los quintos.

—¡Tenías que ser tú, pedazo de animal, el que enseñara la cola!

* * *

Un coronel pasa revista de vestuario y equipo a su regimiento. De repente se dirige al capitán que manda una de las compañías, y le dice:

—¿Cómo es, capitán, que este soldado lleva sólo lleva seis botones en la guerrera, debiendo llevar siete, que son las reglamentarios?

El oficial cuenta los botones y contesta:

- Son siete, mi coronel...

—Conque siete, ¿eh? ¡¡Pues que no vuelva a ocurrir!!

* * *

Había un sargento gitano en cierto regimiento, y un día apostó con otros compañeros a que é era capaz de ordenar en caló la distribución de la guardia entrante. Acordada la apuesta, formó la guardia y mandó (1):

—¡Guardia entrante, firmes! Esta guardia se compone de veinticinco «jundos», un «durai», un «eucái» y dos «cocaís». De los veinticinco «jundos» irán dos de «pincherantes» y dos de «nati-yitantes», con el encargo de no poderse «encalomá» en ningún «bujío», a no ser por una fuerte «cañí», «reblándañi» y «lapirandó», que disloque la «chichí». Al que haga lo contrario, se le «en-dañarán» diez «currelos» en la «galopa» del «guajanó»... ¡En su lugar, descanso!

Por las referencias,
JOSÉ DE SILVA

(1) Rigurosamente histórico.



- Ahí tiene usted, señora, el percal de moda. Es el último grito de París...
 — Es precioso, pero ¿perderá el color?
 — No, porque hace cinco años que lo tenemos y está como el primer día.

Dibujó d. R. SERNY.

“LA SUERTE Y SINO DE LA PERSONA”

Ciertos nombres parecen habérselos puesto a las personas nada más que para ofrecer motivos de diversión a los muchos guasones que deambulan por estas calles y callejuelas, plazas y plazuelas que tiene Madrid.

Así le ocurrió al infeliz que hoy es protagonista de *Aspectos*, a quien desde la cuna siguió la desdicha y no le abandonó hasta la «huesa fría», que dijo el otro. Menos mal que don Juan Nepomuceno Divertido era un hombre que disimulaba su tristeza ingénita con una sonrisa y una burla perennes de sí mismo.

El caso es que el señor Divertido conoció la desgracia a la temprana edad de siete años por obra y tal de la madrastra que el autor de sus días tuvo a bien de colocarle. A los veintiún años le «focó» ir a Cuba con el número 13 en el sorteo de su quinta, de donde volvió con una afección al hígado, de la que ya no se librará hasta después del Juicio final, que es el día en que nos desprenderán a todos de la vil materia, dejándonos sólo con la cabeza y dos alitas, como esos ángeles que tuvo la ocurrencia de pintar Murillo. Y menos mal que no nos quitan la cabeza también.

Juan Nepomuceno Divertido se casó y envió en seguida, Decimos «envió» para no enterarles a ustedes de que antes de los tres meses se le fué la costilla con el único amigo que hasta entonces le había parecido bueno.

Como dicen que desgraciado en amores..., etcétera, realizó jugadas de Bolsa; pero no sabemos lo que ocurriría en el Exterior... o el «interior» de su agente, que el infeliz señor Divertido se quedó sin los miles de pesetas recogidas a la muerte de «papá», gracias a que la madrastra había perecido en una comilona dada por enf. nes en «Casa Juan».

Cómo ya no había desdicha que no le visitara, Nepomuceno empezó a «sentirse» muy mal del hígado; tan mal, que los doctores creyeron oportuno operarle cuanto antes para evitar un funesto desenlace, como los que ocurren cuando se toman medicinas de la Farmacia X.

Le condujeron a un sanatorio próximo a la Dehesa de la Villa (¿por qué la Dehesa le recordaba tanto a la costilla fugitiva?), y se dispuso el plan de la curación.

Y una «mañana fresquita de mayo» Juan Nepomuceno Divertido, más triste que un funeral de tercera, fué dormido por los efectos del cloroformo,

sabiamente aplicado por un ayudante del famoso doctor Higajuela, especialista en enfermedades del hígado (tan especialista que no se le iba uno... que no se le iba vivo, claro), quien, minutos más tarde, le abrió en canal y le sacaba los hígados como cualquier chulo de postín.

Ya habían vaciado al pobre don Juan para lavarle convenientemente, después de haber dejado el paquete intestinal en un cubo, debajo de la ventana de la sala, cuando sonó en el novísimo sanatorio la hora del vermut. El doctor y los ayudantes se lavaron las manos, marchando en busca del aperitivo. Luego comieron en el «Bar-Americano».

Entretanto la Naturaleza se agitaba bajo un sopor estival. Llegó la hora de la siesta. Por la abierta ventana de la sala de operaciones penetró un airecillo sutil, agradable, que despertó al señor Divertido.

«Tengo debilidad — se dijo —. ¡Siento un vacío!»

En aquel instante saltó dentro de la habitación un espléndido gato rubio, gordo, sensualote, precioso; un canónigo, vamos, que se dirigió hacia el cubo donde yacía el paquete de Nepomuceno.

El pobre don Juan se dió instantáneamente cuenta del peligro.

—¡Ese gato —gritó— se traga el paquete!...

* * *

El gato se tragó el paquete, y hoy el señor Divertido, perfectamente disecado y abierto en canal, está en una vitrina del museo anatómico de X***, con los ojos desmesuradamente abiertos, como si todavía contemplase hozar al gato en el cubo de marraas...

JUAN DEL HUERTO

EL BOTIJO DEL AGUA - ARDIENTE

Cuentan de un torero, que habiéndose retirado de la profesión, abrió un establecimiento de bebidas en un pueblo cercano a Madrid, y el día de la apertura (que era en julio y hacía un calor asfixiante) invitó, entre otros muchos, a un íntimo amigo muy aficionado al peleón, y a quien quiso quitar la afición al aguardiente.

Al efecto, preparó un botijo lleno de un aguardiente muy subido de grados de alcohol, y como su amigo llegara sudoroso y sediento, le invitó a echar un trago del botijo.

Así lo hizo, con tal afán de apagar su sed, que por poco se asfixia.

La broma hizo su efecto, pues aquel hombre, tan ciego por aquella bebida, la tomó tal horror que no volvió a probarla en su vida.

L.

“LA FONDA DEL SOPAPO”

Así se denominaba un figón ilustrado que existía en el madrileñísimo, casticísimo y simpatiquísimo barrio del Avapiés. en tiempos que no fueron prehistóricos precisamente.

Los parroquianos, grandes «cañistas» y gente de «industria» la mayor parte, al igual que los hijosdalgos de rancia estirpe, esitaban en gran cosa su honor, y por menos de lo que importa un pitillo de cincuenta marcos, se liaban a mamporros y a sopapos, pudiéndose asegurar que no transcurría un día de la semana que no se armara trifulca, por la cual el popular establecimiento ostentaba tan gráfica denominación.

Otra circunstancia tenían los concurrentes, muy propia de los hombres de «negocios», que tienen siempre la cabeza ocupada en asuntos de importancia, y era que se distraían con frecuencia, guardándose los cubiertos, los vasos y algunas veces hasta los platos.

Pero don Cucufate, el magnífico dueño de la referida fonda, tomó la medida de tener todos estos enseres amarrados a las mesas con sólidas cadenas, lo suficientemente gruesas para que no se pudieran romper por el uso.

Con esta sabia medida y con un poco de vigilancia por parte suya, del camarero y de una pareja de guardias, que se situaban estratégicamente muy cerca de la puerta, soñan evitar a los comensales el disgusto que les pudiera producir luego encontrarse en los bolsillos con menaje que no era suyo, aparte de la molestia que les pudiera suponer el tener que devolverlo, justificando su distracción.

Los pagos, desde luego, eran al contado, también por la misma razón, porque muchos se olvidaban de pagar, y otros, se dejaban el dinero en casa, y no era cuestión de hacerles ir por él, ni menos aún de cometer la suciedad de hacerles devolver el artículo después de consumido.

Así es que Triquitraque, el camarero, solía pedir al mostrador, gritando castizamente:

—¡Dos reales de potaje para «El Señorito»!

Servía al aristocrático comensal, recogía la «pastizara» e inmediatamente se volvía a escuchar su voz apocalíptica, que demandaba:

—¡Treinta de judías con rebaba para el de la gorra a cuadros! ¡Un moka para «El Posturitas»!

Aquí el dueño largaba una enorme jeringa de metal, que hacía las veces de cafetera. Triquitraque servía su café impulsando el émbolo del artefacto de igual manera que se hacen los churros, con lo cual su fama se difundió por el tubito de

la extremidad posterior con mucha más rapidez que el agua de una manga de riego.

«El Posturitas», entonces, solicitaba un crédito de cero diez, importe del café, prometiéndole pagar en cuanto resolviera un negocio que tenía entre manos (en aquel momento se rascaba en un sitio que no recuerdo ahora). Pero el camarero le contestaba presto:

—¡Amos, hombre! ¿No s'ha enterao que están suspendidas las garantías constitucionales?

Y como el vaso de metal no se lo pudiera llevar por estar amarrado con su cadenita, Triquitraque le metía el pito de la jeringa, impulsaba el émbolo, y el café, se reintegraba a su cafetera.

—Y a otra cosa; usted se queda con su dinero y yo con mi café.

Luego se oía gritar al famoso Triquitraque para que le oyeran desde el mostrador:

—¡Un «tupi» que regresa por suspensión de pagos!»

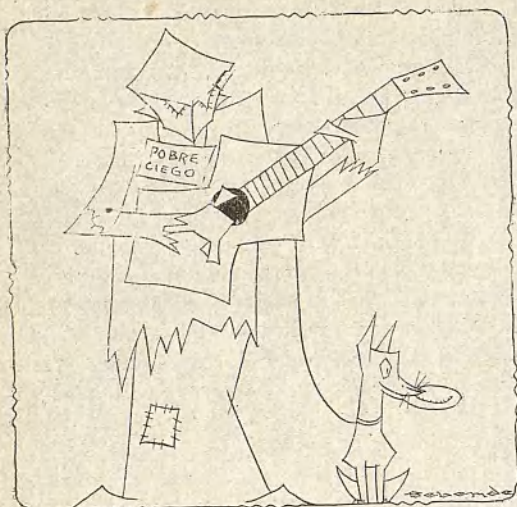
ÁNGEL CLIMENT



—Ese hombre está haciendo una fotografía con mucha exposición.

—No lo crea usted; es una instantánea.

Dibujo de MARY



CALLES DE MADRID

Buenavista.

Dibujo de BEBERIDE.

NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS CÓMICAS

BASES

Los originales, rigurosamente inéditos, vendrán escritos a máquina por un solo lado, en cuartillas de tamaño corriente, y en número de 30 a 35. Se presentarán los trabajos firmados con un lema, que corresponderá al de un sobre cerrado y lacrado que contendrá el nombre y dirección del autor. Es completamente ineficaz la recomendación.

PREMIOS

Primero: 1.500 pesetas
Segundo: 1.000 **Tercero: 500**
 a las tres mejores novelas, que serán publicadas en los tres primeros números de *La Novela de*

LA RISA

ilustradas por notables dibujantes.

De los originales no premiados la dirección se quedará con los que crea conveniente para su publicación en *La Novela de*

LA RISA

tratando antes con los autores de las condiciones.

Los concursantes enviarán sus trabajos por correo certificado o a mano.

El plazo de admisión se cierra el día 14 de noviembre próximo.

Cada novela deberá venir acompañada de

10 CUPONES DE «LA RISA»

Los originales no admitidos serán devueltos a sus autores en un plazo determinado.

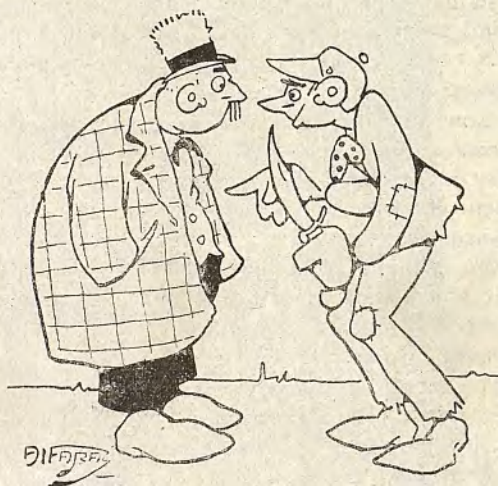
Un jurado competente, cuyos nombres no se harán públicos, elegirá las tres novelas que se *crean merecedoras* de los premios. Abiertas las *plicas de las obras elegidas*, publicaremos los nombres de los autores en *La Novela de*

LA RISA

Cada tomo constará de 32 páginas ilustradas y cubiertas a dos colores, siendo su precio el de **VEINTICINCO CÉNTIMOS**

El primer número aparecerá en cuanto quede terminado el concurso.

Esta publicación no se sujetará a fechas determinadas para publicar sus números.

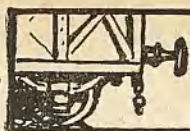


- ¿Havisto usted algún municipal por ahí?
- No.
- ¿Y algún guardia civil?
- Tampoco.
- Pues venga, saque el dinero.

Dibujo de ALFARAZ.

TEÓFILO CÁMARA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BILBAO
 DE LA RISA Y PANCHE KOLATE
 :: :: Solvencia metálica. :: ::



A VUELTA DE CORREO



No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia particular ni conversaci3n acerca de ellos. De la admisi3n o exclusi3n de los mismos se dar3 cuenta exclusivamente en esta secci3n.

Se ruega a los colaboradores espont3neos hagan constar en los originales que env3en si son para LA RISA o para PANCHO KOLATE.

Los autores son los 3nicos responsables de sus trabajos.

M. N. K. Madrid.—S3, se3or. En breve publicaremos *Nuestros colaboradores vistos por ellos mismos*. Los dibujantes se autocaricaturar3n, y los «escribidores» se autoentrevistar3n. Tambi3n pensamos regalar una magn3fica m3quina de aplastar piedras al que nos demuestre que no se ha lavado los pies en siete meses.

Andr3s Fol. Mula.—¡De Mula ten3a usted que ser, «hijo m3o»!

Polo. Villaverde.—Nos parece casi po3tico que haga usted a su perro llevar LA RISA en la boca, y esto nos hace suponer que usted llevar3 el bozal del can, ¿no?

Lolita. Puente Genil.—¡Ay!... Debe ser usted m3s dulce que el membrillo, Lolita. Puede usted, con el cup3n correspondiente, mandarnos todo, todo lo que quiera... ¡¡hasta una epidemia!! Nosotros nos arrodillamos ante las mujeres..., y salimos corriendo en cuanto vemos al marido.

Z. R. Madrid.—¡¡Que no nos chupamos el dedo!! Aceptados dos.

Severiano G3ndola. Casetas.—Adquiera sentido com3n y entonces env3e cosas.

K. K. Madrid.—¿K. K.? Nos huele mal. No. S3. Ya. Bueno. Mil y tres m3s. Se le dir3. Venga. ¡Oh!...

Cometa. Madrid.—No... cometa usted aver3as. Usted, como todos los adanes que nos env3an «cosas», deben antes enterarse bien de todo lo que decimos al principio de esta secci3n.

Pepita Mori. Valencia.—Dice el director que los dibujitos que usted envi3 se los ha comido, y que su retrato (el de usted) lo tiene pegado con engrudo en la cabecera de su cama... ¡Y es casado! Que la escribir3 particularmente.

Romanones. Madrid.—Sus versos son cojos. No nos extra3a. Otra vez ser3.

Chelito. Madrid.—No podemos complacerla. ¡¡Y cu3nto lo sentimos!!

Jos3-Pepe. Madrid.—Su tonter3a c3mica, *Las brevas verdes*, puede llev3rsela usted a Emilio D3az que hace, aunque sostiene que 3l es «artista», idioteces c3micas en tres actos, porque (seg3n se quiere disculpar) es necesario ganar dinero. Ganar dinero se puede ganar vendiendo horchata o paragu3as. ¡El que se diga artista, que lo sostenga! A muchos escritores les ocurre lo mismo. Se las dan de puristas y en cuanto divisan diez reales se ponen a escribir «lo que sea» para capturar las dos cincuenta... Se le publicar3 «lo otro».

Roberto G3mez. Haro.—¡Lo publicamos! All3 va...

UNA GRACIA

Una vieja en un tejado
veraneaba,
y com3a «bacalado».
El casero de la casa se enter3
y a la vieja chata y fea,
de una «pat3»,
a la calle la tir3.

(?)

¡¡Pase usted «a cobrar» cuando quiera!!

PRECIOS DE SUSCRIPCI3N

Madrid, provincias y Am3rica.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
A3o.....	15,60

Extranjero.

Un3n postal.	Pesetas
Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
A3o.....	19,20

Las suscripciones empezar3n con el primer n3mero de cada mes.
Los suscriptores tendr3n derecho, sin aumento de precio, a los n3meros extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

Dir3jase toda la correspondencia al apartado 7.002.

LA RISA



UN DISTINTIVO

- ¿Para qué te has puesto una bota de otro color?
- Para distinguir el pie derecho del izquierdo.

Dibujo de MÁRQUEZ.